



EL SABOR DE LA SOLEDAD

Soledad Jiménez

EL SABOR DE LA SOLEDAD



Primera edición: octubre 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Soledad Jiménez

ISBN: 979-13-88411-54-0

ISBN digital: 979-13-88411-55-7

Depósito legal: M-25155-2026

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mis hijos, la luz de mi vida: mi Juanmica, mi sanador;
mi Abelico, mi medicina; mi Carlicos, mi esperanza.
A mi Pablo, mi ángel, mi guía.*

Agradezco a mi hijo Juan Manuel su apoyo y su ayuda durante
este proceso de creación literaria.

ÍNDICE

1 Mi «yo niña»	13
2 Juegos.....	19
3 La Tejera.....	27
4 Sueños rotos	37
5 La decisión	45
6 Azul y rojo	51
7 Guillermo.....	59
8 Éxodo rural.....	65
9 Amiga.....	73
10 Fantasmas.....	87
11 La Ilusión	95
12 Confesiones	105
13 El enfado.....	115
14 Experiencias extrasensoriales.....	121
15 El don.....	129
16 Premoniciones.....	137
17 Inclusión.....	149
18 Pablo	163
19 Rebelión y aceptación	175
20 Estimulación precoz.....	183
21 14 de agosto.....	195
22 Mi descendencia.....	209

Mi «yo niña»

Me encuentro en la estación de tren. El reloj del andén marca las siete de la tarde. Es de noche, un día de puro invierno. Estoy sola con mis hijos, no se ve ni un alma. El tren está a punto de aparecer y debo subirme a él con premura si no quiero perderlo. Es el tren hacia el destino que está esperándome. No sé a dónde me llevará, pero sé que me espera. Quiero sentir el sabor de mi nuevo futuro. Lo que he vivido hasta hoy tiene un sabor bastante amargo, agri dulce. Deseo con impaciencia que este destino nuevo que aspiro a descubrir y estoy a punto de experimentar tenga un sabor que merezca la pena.

Yo sé que la perfección no existe como tal. Nadie es perfecto. Resulta complicado trabajar en nuestro interior imperfecto. Tantos años creyendo que éramos gente buena con valores irreprochables y ahora, explorando dentro de nosotros, no contemplamos nada que nos satisfaga por completo. Somos únicamente sutiles pinceladas de lo que queremos ser.

No quiero ponerme trágica. Tal vez en algún lugar del planeta sí existan algunas personas tan maravillosas como yo las imagino. Si esto fuese así habría comprensión en el mundo, algo tan necesario y valioso como el respeto hacia los demás. Siempre he sentido admiración por las personas que demuestran educación y que son tolerantes, de buenas costumbres, hábitos y valores.

Hoy, después de muchos años silenciada, humillada y agotada, por fin he decidido dejar atrás mi cobardía. Voy adoptando una im-

portante decisión: tengo que subirme al tren, a ese vagón que me acercará a una nueva corriente de aire fresco, donde me espera un renovado futuro. Me llevará a ese descanso que tanto anhelo, a esa tranquilidad que necesito. Espero encontrar mi paz y mi sosiego, lo que merece mi vida.

Sé que no camino sola en esta andadura. Cargo equipaje, pero no pesa. Son mis hijos. Es lo único bueno que poseo, aunque no son mi posesión. Son lo único valioso que hay en mi vida. En este loco caos que me atrapa hay personas que, como a mí, les gustaría que su destino les sorprendiera con una bonita sonrisa.

La gente empieza a aparecer en el andén. Viajeros. Ellos también quieren subir al tren para llegar cada uno a su destino cuanto antes. La locomotora apenas se detiene un instante en la estación. Los viajeros se acercan al andén, se apresuran. Todos demandan preferencia. Mientras unos bajan otros suben. Entiendo su impaciencia, esa necesidad de sonreír cuanto antes.

Pero ¿qué clase de viajeros son? No se conocen entre sí. Considero bastante extraño que no exista conexión entre ellos, a pesar de que viajen juntos. Tanto los que han subido como los que bajan no se hablan, no se miran, no se ayudan...

«¿Qué ocurre?», me pregunto en medio del caos.

Estoy a punto de subir al vagón, con el pie en el peldaño de la escalera. Volteo a malas penas el cuello para echar mi último vistazo a lo que abandono aquí. Por el rabillo del ojo veo a una niña pequeña sentada en el banco de la estación. Viste con un abrigo verde oliva, gorro blanco por donde asoman dos largas trenzas de pelo castaño, una bufanda amarillo limón con dos vueltas al cuello, calcetines blancos de lana a media pierna y unos zapatos marrones de cordonerías, con suela de goma bastante gruesa.

Me pongo muy nerviosa y —no sé por qué— mi corazón late cada vez más acelerado. Algo me está sucediendo que no entiendo. No veo nada más que a esa niña mirándome fijamente como si me conociera. Ello me impide subir al tren. El jefe de estación anuncia

dos veces la salida. Retiro el pie de la escalerilla y me acerco a la niña sentada.

—¿Estás sola? —le pregunto.

La niña me mira fijamente como si me conociera y comienza a llorar. No dice nada, solo llora.

Me causa pena dejarla sola en la estación y de nuevo le pregunto:

—¿Dónde están tus padres? ¿Te has perdido? ¿Tienes frío o hambre? ¿Quieres que te lleve a algún sitio?

Ella no responde a ninguna de mis preguntas. Se siente mal, entristecida porque yo no la reconozco, pero es que ni siquiera sé quién es. Así que me dispongo a llevarla a la oficina para que llamen a la policía. Es evidente que la niña está perdida o algo le ocurre.

Al momento me doy cuenta de que nadie ha reparado en esta niña, nadie la ha visto. Solo yo. La vuelvo a mirar detenidamente y su mirada me resulta familiar. Tiene los ojos marrones, muy grandes y expresivos. Sus labios son rojos y bastante gruesos, el rostro demasiado blanco. No es muy alta. Tendrá unos siete años. ¿Quién es y qué hace allí? Me atrae mucho su presencia. Quizás me recuerde a mí cuando yo era una niña.

Ya no queda nadie en la estación. Todos los viajeros se han marchado y la niña no se ha movido del banco donde permanece sentada. Decido sin más no llevarla a la policía sino a la cafetería. Le compro un bollo y me pongo a hablar con ella; digo hablar, pero no es cierto que se dé diálogo alguno sino un monólogo. Lo único que hago es preguntarle por qué está allí, pero ella no contesta. No me habla. Insisto en preguntarle por qué se encuentra sola y, sobre todo, ¿por qué nadie la ve como la veo yo? ¿Realmente existe o se trata de una fantasía de mi mente? Desde luego que se trata de una fantasía, mi fantasía.

Un encuentro conmigo misma.

La estación se vuelve a llenar de viajeros. Desde la ventana de la cafetería puedo ver cómo siguen circulando los trenes, personas

que suben y bajan de los vagones. Siguen sin hablar entre ellos, solo aguardan su tren. Llegan, se marchan y vienen otros viajeros, todos desconocidos entre sí. No entiendo el significado de lo que estoy presenciando. Es como si fuese una advertencia para mí, como que yo no debería subir al tren, como que a veces no es posible huir del destino. Ahora lo entiendo todo. Son viajeros errabundos con la esperanza de cambiar sus destinos. Su equipaje es el paso del tiempo. Están atrapados en él, intentando liberarse al igual que yo.

De momento, la ventana de la cafetería se encoge. A través de ella aparecen unas imágenes de hace muchos años atrás, cuando yo era una niña. Son situaciones de mi vida que tenía perdidas en el recuerdo, suponen un antes y un después. Observo de nuevo a esa niña y me contemplo a mí misma cuando tenía su edad. ¿Qué misterio es este que me confunde la mente? Todo empieza a darme vueltas, todo gira a mi alrededor a una velocidad de vértigo. Ella es mi «yo niña». Soy presa de la angustia y me desvanezco.

Mientras permanezco desmayada, en mi subconsciente siento que tengo la edad de siete años y estoy jugando con el barro. Elaboro muñecos con él mientras canto una canción. Mi hermano nos construye a mi hermana mediana y a mí una casa de barro con una chimenea. Dentro le coloca unos pequeños palitos y un poco de broza para encender un fuego y que el humo escape por la chimenea. Veo brotar humo, parece una casa real. Situamos los muñecos de barro en la puerta y seguimos jugando los tres.

—Ya es la hora de comer. —Mi hermana mayor nos llama—. ¡Venga! Que vamos a comer. ¡Mirad cómo lleváis las manos!

Yo digo:

—Vamos a lavarnos las manos.

Pero se nos olvida y nosotros seguimos jugando sin atender a su llamada.

Entonces sale mi madre y nos llama de nuevo:

—El que no esté sentado en la mesa dentro de cinco minutos y con las manos limpias, se quedará sin comer.

Salimos los tres corriendo para lavarnos las manos y a pasar revista antes de sentarnos en la mesa. Es una tabla humilde, pero la comida está riquísima.

A pesar de mi desvanecimiento, era capaz de oler y saborear cada cucharada de la rica comida, de un puchero de pueblo, como solo mi madre sabía preparar. Un sabor inconfundible, un olor tan completo que nos envuelve a todos los allí sentados y nos incita a comérnoslo todo.

Cada uno de nosotros cuenta con su sitio en la mesa. Mis padres siempre se sientan juntos, uno al lado del otro; mi hermana mayor al lado de mi madre; a su lado, mi hermano y junto a él, mi hermana mediana. Yo siempre me siento al lado de mi padre. Aun así, recibo de vez en cuando algún cachete por parte de mi madre, porque mis modales en la mesa no son apropiados.

Yo no paro de moverme, hago ruido sin cesar y no dejo de hablar mientras permanezco sentada en la mesa. Mi madre ya no sabe cómo hacerme callar. Me ofrece dinero y caramelos, todo a cambio de que no hable mientras estamos comiendo. Es una oferta muy tentadora a cambio de un poco de silencio, pero aun así no puedo callar. ¡Con lo que a mí me gustan los caramelos! Pero me gusta más estar hablando. Es algo que soy incapaz de controlar, un impulso que sobrepasa todos los deseos que albergo.

Mi madre repite que hablar mucho es un gran defecto y que debo corregirlo de inmediato. Por más que quiero evitarlo, me resulta imposible controlarlo. Tal vez sea porque mi intención no es clara y debería planteármelo en serio. Pero en este recuerdo, mientras estoy desvanecida, no sé cómo se hace. Todavía soy pequeña para pensar qué debería hacer si fuera mayor. Si me prohíben hacer algo es cuando más necesidad tengo de hacerlo, como por ejemplo, hablar. Desde que tengo consciencia no recuerdo que me gustaran las prohibiciones. Tendré que aprender a controlar mis impulsos para llegar a convertirme en una señorita, como dice mi

madre. Tendré que asumir un comportamiento adecuado, para que poco a poco vaya formándose en mí la personalidad que define a una mujer y pueda moldear mis modales, para que no supongan un inconveniente cuando me haga mayor.

Yo no entiendo la actitud de mi madre y le digo:

—¿Por qué te enfadas tanto conmigo si a mediodía es cuando estamos todos juntos en la mesa? Es cuando tenemos que hablar y contar todo lo que nos ha sucedido durante el día, es nuestro momento para estar juntos.

Mi padre sonríe y disimula, pero ella sigue con lo suyo. Dice que en la mesa las personas se sientan a comer y no a jugar. Yo no lo entendía así por más que me empeñaba. Mi única inquietud a esa edad era el juego, fantaseando con ser mil personajes de cuento a la vez.

Incorporo la cabeza que tenía apoyada en la mesa de la cafetería de la estación. La mente la tengo clara de nuevo, aún sigo sin entender qué me ha ocurrido. Me queda un poco de aturdimiento por las sensaciones y recuerdos que he presenciado, pero ya soy consciente acerca de dónde estoy y lo que debo hacer. La niña de las trenzas no está enfrente de mí. Ahora lo comprendo: era yo, por eso nadie la veía. Creo que tras esta visión nos hemos vuelto a conectar de nuevo. Puedo volver a fantasear con ser quien yo quiera ser.

Vienen mis hijos corriendo y me abrazan. Lo hacen tan fuerte que siento sus pequeños corazones junto al mío. Ellos lo son todo en mi vida, todo cuanto tengo. Habían estado conmigo todo el tiempo, pero dejé de verlos cuando pisé la escalerilla del tren y vi a mi «yo niña». Decido coger mi equipaje —que son ellos— y regresar a mi casa, porque con ellos a mi lado esa casa es un hogar. Mi hogar.

2

Juegos

Bonita edad la de mi «yo niña», maravillosa etapa de mi vida donde fui feliz y dichosa, donde lo tenía todo sin darme cuenta. Donde mis padres, mis hermanos y yo éramos uno solo, un único núcleo. La inocencia de la niñez es lo más maravilloso del mundo. Yo jugaba con mis hermanos alegremente casi todos los días al salir de la escuela, eran momentos felices para mí. En verano, cuando nos daban las vacaciones del colegio, disponíamos de mucho tiempo libre para nosotros y era cuando más jugábamos. Dedicábamos todo el día a dar guerra en casa.

Mi hermano era el encargado de entretenernos a mi hermana mediana y a mí. La verdad es que resultaba un poco difícil controlarnos a las dos, porque lo que no inventaba una lo inventaba la otra; bueno, casi siempre era yo la inventora. Teníamos un «buen maestro», ya que mi hermano era el mayor inventor de juegos del mundo. Muy pocos eran los juguetes de los que disponer; pero él enseguida cogía palos, piedras, cartones, plásticos, ropa que no nos servía y alguna caja que otra y nos preparaba juegos preciosos. Construía escenarios de teatro y allí interpretaba los cuentos que más nos gustaban. Ponía todo por el medio sin pensar las broncas que le caerían después. Mi madre le reñía mucho, pero él nos divertía a lo grande. En aquella época era mi héroe y el mayor aventurero del mundo.

Esos juegos inventados que compartía con nosotras nos divertían hasta dejarnos agotadas. Él no se cansaba nunca de hacernos

reír. A la vez, disfrutaba de que nosotras lo pasáramos bien. También corríamos algún riesgo que otro en aquel peligroso e inmenso corralón que teníamos al salir de casa, pero nuestro hermano nos cuidaba mucho y lo hacía gustoso. Se divertía tanto al ver nuestra felicidad jugando con él, que esa presión de responsabilidad con nosotras se le olvidaba.

Aquellos juegos también le servían para jugar con sus amigos en los pequeños ratos que lo dejábamos libre, porque siempre estábamos pegadas a él como lapas. A veces se disfrazaba de bailaror flamenco y se colocaba los zapatos de tacón de mi hermana mayor. Se subía a un arcón grande de madera y zapateaba como un artista. Nos cantaba por fandangos o por soleá taconeando a la vez. Creaba un fantástico espectáculo. Lo hacía francamente bien y nosotras, que éramos su público, le aplaudíamos con fuerza.

Otras veces nos disfrazábamos los tres, él de médico. Nos poníamos a jugar con los pollos que tenía mi madre en el corral de los animales. Mi hermana era la enfermera y los pollos eran mis hijos porque yo hacía de madre. Se ponían malitos y yo los llevaba al médico. Les atábamos vendas con telas que mi madre guardaba en una caja. Las tenía cortadas a tiras iguales y en madejas redondas, todas tan preparadas para hacer jarapas para los somieres de las camas. A veces se nos olvidaba quitarles los vendajes y mi madre nos daba algún azotazo que otro. Era muy divertido ver a mi madre corriendo detrás de los pollos para quitarles las vendas. Los pollos hacían ruidos muy raros, como si se estuvieran ahogando y, mientras se las quitaba, mi madre no dejaba de hablar sola.

Permanecíamos escondidos detrás del pozo y oíamos cómo mi madre decía:

—Será posible que los chiquillos estos ya no saben a qué jugar. ¡Como se mueran los pollos os voy a dar hasta que me canse!

Mi madre se levantaba muy temprano todos los días, sobre todo en verano. Salía al campo a trabajar y luego en casa tenía trabajo hasta aburrir. Nosotros ayudábamos un poco dentro de nuestras posibilidades. Debido a nuestra corta edad hacíamos lo que po-

díamos, ya que la capacidad que teníamos era limitada. Mi madre compartía casi todo el trabajo con mi hermana mayor, que siempre se portó con nosotros muy bien. Nunca nos pegaba ni tampoco nos reñía. Ella se reía de nuestras travesuras. En más de una ocasión, cuando mi madre nos daba alguna bronca, ella se ponía en medio y se la llevaba por nosotros. Mi hermana mayor le decía a mi madre:

—Son niños, niños en un campo solos. Tienen que jugar, inventarse cualquier cosa y aprender.

Ayudábamos en casa y por las mañanas nos tocaba una parte de tareas que no nos gustaban, pero las cumplíamos sin rechistar. A mi hermano le tocaba llenar el pilón del agua para regar y como no le gustaba hacerlo, nos convencía a las pequeñas a base de engaños. Decía:

—Si llenáis el pilón de agua tres veces os daré un caramelo a cada una de vosotras. No se lo digáis a nadie.

Pero eso del caramelo no se hacía realidad. Él pelaba el caramelo y lo chupaba hasta que se cansaba, luego nos daba para chupar a cada una de nosotras un poquito. Entonces lo volvía a chupar él hasta que el caramelo se gastaba. De esa manera, y con otras semejantes, nos hacía rabiar a diario.

Mi hermana mediana y yo llenábamos el pilón de agua unas tres o cuatro veces. La extraíamos del pozo con un pequeño cubo para poder regar la alfalfa y otras cosas de la huerta que mis padres tenían plantadas. Mi madre también nos mandaba a un campo cerca de mi casa con un escavillo a recoger hierba para que comieran los conejos, que teníamos muchos. Ella nos decía que cogiéramos «pajitos», que era una hierba con hojas anchas y muchos picos, porque a los conejos les gustan mucho. Yo odiaba ir a coger hierba y todo lo que me parecía lo echaba al saco. Mi hermana me decía:

—Eso no lo echas al saco, que no vale. Si los conejos se lo comen, se mueren.

—La lástima es que no se mueran todos —le contestaba llorando—. Si se mueren, que se mueran, así no vendré más a coger hierba.

A mi madre le gustaba echarse la siesta, aunque antes de acostarse «nos leía bien la cartilla». Era una lección que teníamos bien sabida, pero aun así se nos olvidaba por completo cuando nos poníamos a jugar. Mi madre nos explicaba detenidamente, sin prisa y con palabras muy pausadas, cómo debíamos comportarnos mientras ella descansaba un poco. Nos decía:

—Voy a echarme un poco en la cama para descansar, que desde las seis de esta mañana que me levanté, estoy muerta de cansancio. Procurad no hacer ruido. Y tú, niño, entretén a tus hermanas sin montar escándalo, que no me quiero enfadar.

Dejaba a mi hermano como responsable nuestro. No sé cómo le quedaban ganas de jugar con nosotras por la tarde. A veces se iba a las seis de la mañana a espigar con mi madre. Cuando terminaban, él se traía en la bicicleta de mi padre —que era muy alta— todos los fardos de espigas que habían cogido. Nosotras, cuando nos despertábamos, desde lejos solo veíamos la bicicleta porque a él le tapaban las espigas.

Mi hermano se aburría un poco con los juegos de niñas y casi siempre nos entretenía con juegos de niños, como tirar el trompo o disparar con el tirachinas. Jugábamos en el rincón de arcilla del corral, donde había restos de tejas rotas que mi madre no quería tirar por nostalgia. Colocábamos los cascotes de teja clavados en barro de arcilla para dispararles con el tirachinas. Cuando los cascotes se volcaban y se rompían causaban mucho ruido. Mi madre, desde dentro de la habitación, nos reñía tanto por el ruido como por ponernos perdidos de polvo rojo de arcilla. Pero nosotros a lo nuestro, sin hacer caso. El tirachinas era nuestra arma secreta y cavábamos trincheras para disparar a los pájaros, pero yo no acertaba nunca.

A mi hermano le costó más de un disgusto disparar con el tirachinas, pues más de una vez les rompió a los vecinos alguna cosa, como el botijo o los cristales de la ventana. Enseguida aparecían las vecinas en mi casa protestando ante mi madre, mostrándole el botijo roto u otros enseres que mi hermano se hubiera cargado.

Nosotras nos escondíamos detrás de la puerta; allí veíamos y escuchábamos lo que sucedía y corríamos a decirle a mi hermano que se marchase, que se escondiera, que se avecinaba tormenta. Como era evidente, mi hermano desaparecía de escena y no le volvíamos a ver el pelo hasta que se le calmaba el enfado a mi madre.

Cuando por fin volvía a casa, se acercaba a mi madre por detrás sin hacer ruido. La besaba sin parar hasta cansarse, como si tal cosa, como si eso no hubiese ocurrido. Mi madre, como era evidente, no le decía nada. Se le había aplacado el enfado. Antes de los besos, mi madre toda sofocada, ya había replicado a la vecina de turno:

—No sé por qué siempre vienes a mi casa a protestar. ¡Mira que eres...! La has tomado con la criatura, ¿es que no hay más chiquillos en la calle que mi hijo, para que te rompa el botijo?

La vecina, sujetando lo poco que quedaba del botijo —que únicamente era el asa—, le respondía:

—Pero si lo he visto romperlo con el tirachinas y salir corriendo, ¡sé perfectamente que ha sido él!

Esa escena la vivíamos alguna vez que otra; si no era por el tirachinas, era por otra cosa, el caso es que mi madre tenía que comprar un botijo nuevo.

Cuando mi madre se quedaba dormida en la siesta salíamos al patio los tres por la parte de delante, donde había dos parras enormes que cubrían la salida de la casa completamente. Una daba uvas blancas, la otra, uvas moradas. Nos subíamos a una silla y con unas pinzas de enganchar los rulos del pelo capturábamos las avispas. Volaban en torno a las uvas que mi padre había cubierto con papel cebolla para que no se las comieran los pájaros. Una vez atrapadas, las echábamos en el pilón que estaba lleno de agua, cerca del pozo. Cuando ya estaban ahogadas, mi hermana mediana, que tenía un miedo impresionante a esos insectos porque siempre le mordían a ella, las cogía ya muertas y las enterraba en el suelo. Le ponía a cada tumba una cruz con palotes de madera. Cuando transcurrían unos minutos, al remover la tierra ya estaban vivas de nuevo y rabiosas.

Levantábamos tal revuelo de gritos porque nos mordían, que mi madre se levantaba con la zapatilla en la mano.

Corríamos entonces los tres a subirnos a una higuera muy alta que había en el corral. Era nuestro refugio, nuestra huida del zapatillazo más que merecido. Nosotros estábamos subidos, lejos de su alcance y nos sentíamos protegidos por la distancia. Sabíamos que mi madre no subiría a cogernos allí, pero ella toda nerviosa y enfadada nos decía:

—¡Ya llegará el momento en el que bajéis de la higuera! No tengo prisa.

—Tenemos comida, aquí no nos puedes pillar —le decíamos los tres—.

—Ya bajaréis para beber agua cuando la sed os obligue —volvía a decir ella todavía más enfadada— y aquí voy a quedarme quieta, disfrutando del momento hasta que bajéis los tres de vuestro refugio seguro.

Ella se sentaba debajo de la higuera, en una silla de color marrón que tenía el respaldo muy alto y las patas cortas. Llevaba en la cabeza un pañuelo de color azul con unas flores amarillas enormes y debajo del árbol se ponía a coser, sin prisa, escuchando en la radio la novela de *Los miserables*. De vez en cuando, y para que nosotros la viéramos, se levantaba el brillante botijo para beber agua y comentaba en voz muy alta:

—¡Qué buena y qué fresca está el agua!

Nosotros moríamos de envidia debido a la sed que teníamos, pero ¡a ver quién bajaba de la higuera después de todo lo que nos habíamos reído de mi madre! La observábamos desde arriba deseosos de que se cansara y marchara, pero nuestra madre se mantenía firme, como si estuviera pegada a la silla. Albergábamos la esperanza de que se apiadara y nos permitiera bajar a beber agua y no nos pegara. Sin embargo, ella se recreaba sentada en su fea silla, sin hacer caso a nuestros comentarios, sonriendo.

Cuando llevábamos unas dos horas subidos en la higuera, la sed del verano nos apretaba. Entonces descendíamos del árbol con

una estrategia. Ella nos estaba esperando; mi hermana, antes de que mi madre le levantara la mano ya se ponía a llorar, por eso siempre la mandábamos bajar primero. Ella descendía antes para despistar, le indicábamos que llorara muy fuerte para que nos diera tiempo a escapar. Se ponía a llorar como una loca y gritando decía:

—¡Yo no quería, yo no quería!

Mi madre ya ni la tocaba, así nos escapábamos muchas veces de unos azotazos probablemente bien merecidos. Mi hermano y yo corríamos de lo lindo hasta la calle, fuera del alcance de mi madre. Ella no hacía ni el mínimo esfuerzo para pillarnos.

Pensaba que con el tiempo que habíamos estado subidos en la higuera sin agua y comiendo higos calientes sin parar, en pleno mes de julio, ya teníamos suficiente castigo. Así sonreía, disimulando nuestra ingenuidad.

Perpetrábamos muchas travesuras, pero mi madre entendía que éramos niños y nos perdonaba siempre los castigos. La verdad es que éramos un peligro los tres juntos, casi de la misma edad y con las ideas iguales. Experimenté una niñez dulce. Descubrí muchos estímulos y sensaciones de peligro, riesgos con el aventurero de mi hermano.

Pese a entretenernos casi siempre con juegos de niños, a veces también jugábamos a las muñecas. Mi hermano les elaboraba trajes de retales de tela que mi madre guardaba en un pequeño saco de arpillera. Nos construía carritos con cajas de cartón y con cuerdas para pasear a las muñecas. Aprendí a silbar, él me enseñó. Siempre que me ponía a silbar mi madre me pillaba. No sé cómo lo hacía, siempre permanecía vigilante, pendiente de todos nuestros movimientos y reacciones. Me reñía mucho cuando me escuchaba silbar y decía: «Las señoritas no silban por la calle como los chicos. No se comportan como ellos fuera de casa. No quiero oírte silbar más ni jugar a juegos de niños. Esto es lo único que me faltaba, que actuaras como los chicos a la vista de todas las vecinas. Deja de comportarte como tu hermano o de lo contrario me enfadaré».

En esa época no estaba bien visto que una niña tuviera comportamientos considerados masculinos. La sociedad era agria, intolerante y muy machista. Yo sí que me enfadaba bastante, pues no entendía por qué se me impedía hacer lo que me gustaba. Todo eran prohibiciones. Yo no quería ser una mujer y estar atada en la casa. Quería seguir siendo una niña o, mejor dicho, quería ser un chico y estar siempre jugando en la calle. Tenía la edad de divertirme, no quería aprender a coser, ni hacer vainica ni ojales. Tampoco escuchar la novela mientras cosía. Me aburría mucho, así que de vez en cuando me iba al baño y me escapaba para jugar en la calle. Mi madre mandaba a mi hermana mediana a buscarme y ella se quedaba a jugar también.

La verdad es que los años de mi niñez fueron, para mí, francamente maravillosos y aventureros.